

Fragmento

Correspondencia

Silvia Molina

Una mujer lee cartas de su padre y su madre dirigidas a diversas personas. Aunque ninguna fue redactada para ella, esta escritora es la única de todo ese reparto de hermanos, tíos, amigos, que vive. Su inmersión en una correspondencia de tantas décadas atrás tiene la capacidad de trastocar las emociones, despertar recuerdos impensados... en una palabra, de traer de nuevo el pasado al presente.

*Han llamado a la puerta y voy a abrir,
pero no hay nadie.*
Joan Margarit

I. DEL EXILIO

Esta semana he estado leyendo cartas: ninguna era para mí. Cartas de mi padre¹ a mi madre: “Vida mía...”; de mi padre a mis hermanos: “Chachita”, “Quito”, “*Javé Peyé*”. De mi madre a mi padre: “Adorado Héctor...”; a sus hermanas: “Querida Francisca...”, “Querida Refugio...”. Cartas de mis hermanos, casi ilegibles, a mi padre: “Papá, me porto bien”, “Papá, tráeme una pelota...”.

Si solamente una fuera para mí, mi corazón florecería un instante, como el de una flor de cactus en el desierto. Ninguna carta me nombra siquiera; y, sin embargo, están en mis manos. Ahora todos, todos esos niños y esas tías y esos padres están muertos. Ninguna carta era para mí porque yo no había nacido. Ninguna escribí yo; y, sin embargo, las leo como si fueran un espejo en el que, a veces, logro verme.

Las cartas me dieron una alegría contradictoria; como cuando oyes el rumor de las olas, y no dejas de mirar

por la ventana para ver si de verdad está allí el mar que tanto te llama, aunque no puedas bajar a él.

Mi hermana mayor pidió que me las entregaran y llegaron, como si fueran misivas de amor, envueltas con un lazo de seda que alguna vez fue rojo. En ellas encontré historias de familia, sin orden, revueltas, y las fui armando como se arma un rompecabezas.

En esas cartas hay recuerdos no vividos por mí, que recordaré como míos; y nombres olvidados por mí de amigos de mis padres, que resuenan en mi memoria: Juan Rejano, León Felipe, José Herrera Petere, Enrique Díez-Canedo, Rafita, Jesús y Alfonso de Ussía...

En una carta estaba la foto de una niña rubia, llamada Sonsoles, que fue mi amiga de niña. Sonsoles sostiene en la mano un canario que la ve con curiosidad, como ahora yo la veo a ella. Me pregunto si alguien le habrá guardado unas cartas, si alguien habrá contado para ella historias, secretos de aquella época, de su niñez mexicana.

Y también me pregunto, ahora que no se usan las cartas, si cuando yo falte mis hijas se quedarán sin la memoria de sus muertos.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA EN UN PAÑUELO

Esta tarde, leyendo las cartas, descubrí quién fue en realidad aquella viejita catalana que me cuidaba de niña, en

¹ Héctor Pérez Martínez (1906-1948), periodista, historiador, escritor, gobernador de su estado natal Campeche (1939-1943), oficial mayor, subsecretario y secretario de Gobernación.

su *rez-de-chaussée* de la Avenida Kléber, en París, cuando los grandes no tenían con quién dejarme aunque en la noche no hubiera señal de peligro ni los espejos estuvieran empañados. Doña Filo, la de la letra de hormiguita, la que contaba historias de España y hablaba de su esposo muerto, cuya sombra reducía la luz de su pisito; y de su hijo ausente, cuya sonrisa iluminaba, entonces, otro rostro.

Doña Filo tenía un carácter firme y un abrazo dulce, y de su boca caían las palabras como gajos de mandarina jugosa.

En mi recuerdo busco su último beso, aquella figura encorvada descansando en el sillón con la vista clavada en *Le Soir*, las manos huesudas y la mirada inteligente. Y la veo llamando al pasado para acompañar su soledad.

En las cartas descubro que doña Filo fue la segunda esposa de Marcelino Domingo, el ministro de Instrucción Pública del gobierno provisional de la II República, el de la cartera de Agricultura del primer gobierno republicano.

Cuando Domingo vino a México, en los años treinta, conoció a mi padre y se hicieron amigos.

Mi papá dice a mi madre en otra carta: “me ha deslumbrado su integridad. Le he mandado a Filo un recuerdo de tu parte”.

A esa viejita que amé en su tiempo como a una abuela le dejó la República apenas lo suficiente para comprar “*Deux tranches de jambon et du pain*”, que compartía conmigo.

Doña Filo no tenía dinero ni refrigerador ni nostalgia por el mundo ni luz en la oscuridad de su vida.

Una tarde que lloré, me regaló un pañuelo blanco con sus iniciales, que colgó con un imperdible a mi vestido “para que no lo pierdas”, como si yo hubiera sido su hijo ausente, y me estuviera encaminando a la escuela. Todavía lo llevo prendido en el recuerdo.

JOSÉ LUIS DE LA LOMA

Cuenta la tía Refugio a mi madre, en una de sus cartas, que su esposo, el español Rafael Sánchez de Ocaña, catedrático de la UNAM y periodista de *El Nacional*, comió con Pepe de la Loma en el Salón España; que le mandaba saludos a mi padre.

Mi padre, siempre mi padre. Me he sentado mil veces en el pórtico de la casa a esperarlo para decirle que todos han muerto como él; pero no llega. Sé que nadie regresará, y que estas cartas son un espejo roto.

De pronto me llega un aroma a percebes, sardinas y “tortilla de patata”, que el tío Rafael llevaba a casa de las cantinas en cazuelitas de barro, con las que yo jugaba a la comidita por las tardes en el alféizar de la ventana

del cuarto de mi abuela, mientras veía hacia el parque —donde se columpiaban unas niñas—, pensando en la mujer que alguna vez sería.

Aquella niña que un día fui me acaricia con lástima la espalda antes de irse para siempre, dejándome sola con estos escritos ajenos.

Al volver a la lectura, recuerdo la mirada chispeante de don José Luis, un hombre bajo y calvo, de cabello cano y “gafas” redonditas, que hacía estadísticas y era maestro de Chapingo.

Me apodó Dulcinea. “¿Por qué?”. “Por la del Toboso. Hija mía, que es un nombre bonito, no te quejes”, dijo con una sonrisa que parecía rocío. Su esposa se llamaba Pilar, y venían a casa, los fines de semana, trayendo a España en el bolsillo.

Don José Luis fue hijo de María Luisa de Oteiza. Lo sé, porque Pilar lo contaba: “Mi suegra María Luisa...”, “Este hombre es un Oteiza de cabo a rabo”. Pero saberlo, no me sirve de nada, sólo me confunde más, porque a la casa llegaban con frecuencia otros Oteiza: José Andrés de Oteiza y de la Loma, y Mercedes, su esposa, los padres de Mercedes de Oteiza, que estuvo casada con Juan García Ponce. También venían Juan y Monina, los padres de Juan.

Leyendo las cartas, tengo la impresión de que todos estaban emparentados. Cuando la Guerra Civil, José Luis y Pilar cayeron en un campo de concentración en Francia, y después, en Nueva York, en la isla Ellis.

Recuerdo que cuando ambos contaban su historia, yo no comprendía mucho; pero sentía el aletear de sus palabras como pájaros azules que volaban hacia el sol.

Don Francisco Giner de los Ríos pagó la fianza y salieron rumbo a México en pleno otoño, donde de inmediato él empezó a trabajar en lo suyo: la agronomía y las estadísticas, la solidaridad y la entrega.

Siempre hablaba a su gran maestro: don Francisco, quien le regaló su pasión por las artes, las letras, los toros, las ideas de libertad y de justicia social.

Don José Luis, acostumbrado al sol y a la tierra, y al polvo de los caminos, anduvo por mares y colinas hasta su último viaje que fue a México. Aquí enterró el eco de la guerra, para enseñarnos a nombrar las simientes, y a conocer los árboles.

LOS POETAS

Una de mis tías, Refugio, cuenta en una carta a mi madre que antes de ser poeta, León Felipe fue farmacéutico; y que recetaba polvos para la indigestión o cualquier cosa, como quien escribía un poema, siempre con gran sentido del humor: “Los toma con la luna de plata, pero si el dolor sube hasta el cielo y las lágrimas bajan hasta

el mar, háblele de inmediato al médico”. Lo sabía por su esposo Sánchez de Ocaña.

León Felipe y mi padre fueron amigos, como amigos fueron mi padre y Juan Rejano.

Un día León Felipe me contó un cuento sobre un rey al que le cayó un cabello rubio en la barba blanca, y tomándolo entre los dedos dijo: “Me casaré con la mujer de cuyas trenzas se ha desprendido esta hebra de oro”. Y yo me eché a llorar porque mis trenzas eran negras, y no me casaría con aquel rey.

León Felipe tuvo que comenzar el cuento cambiando los personajes hasta que vi dos golondrinas que iban volando a depositar un cabello azabache en la barba cana del rey, quien vendría por mí en su caballo alado.

La otra tía, Francisca, que lo sabía todo, escribe que antes de su exilio en México, Juan Rejano fue cómico de una compañía de teatro, administrador de hospitales, bibliotecario y maestro. Mi padre lo conoció en 1939: trabajaban para el mismo periódico, iban a las mismas tertulias y a los mismos cafés, y estuvo con él, en la tierra prometida, en el paraíso, gozando del mar, de la gente, la selva y nuestras ruinas.

Cuando mi padre murió, Rejano publicó una elegía: “Todo lo mexicano que ya es mío, lo amé por ti, por ti latió esta tierra para que mi dolor no se perdiese en la oscura osamenta del planeta...”.

Cuando murió Juan, una parte de mi niñez se fue con él. La última vez que le di la mano a León Felipe dijo: “Este era un rey que fue mi hermano...”.

Mi padre, siempre mi padre. Sigo sentada en el pórtico de la casa, pero no llega. Quería contarle que murie-

ron sus hermanos de pluma y aventuras y que dejaron unas palabras escritas para él.

PÉSAME

“Muy respetada señora nuestra”. Así empieza la carta que tengo entre las manos temblorosas por la emoción. “Permítanos que, en medio de su profundo y justificado dolor, hagamos llegar a usted, en nombre de los intelectuales republicanos españoles residentes en México, el testimonio de nuestro sentimiento más sincero por la pérdida que ha sufrido, y con usted, toda la nación mexicana y la cultura de este gran país”.

Veo en el papel membretado “Unión de Intelectuales Españoles en México”, y leo en la lista del lado izquierdo nombres familiares. Sigo leyendo y me doy cuenta de que la carta es un poema de amor: “Nosotros, los intelectuales españoles, hemos perdido en su esposo, no sólo al más ilustre de nuestros Presidentes de Honor, sino al gran amigo, y al infatigable protector, siempre desvelado por nuestros intereses”.

He salido al pórtico a llamar a mi padre. Le digo que por favor venga a escuchar esto, y veo una luz al final del camino. “Y si la solidaridad de miles, de millones de seres puede servirle de lenitivo en una desgracia tan grande, segura puede estar de ella, así como de la perennidad de la memoria y de la obra de nuestro querido gran muerto”.

Pienso en mi madre: el golpe seco que debió de darle aquella prematura muerte; y me pregunto cuántas lágrimas le habrá arrancado esa carta.



Usaba sombrero y corbata de moñito, como mi padre, y le gustaba la sopa hirviendo, hirviendo; y yo me sorprendía tanto de que no se quemara, que un día la pedí igual, creyendo que no pasaba nada, pero se me escaldó la lengua y se me salieron las lágrimas.

Después de la comida no perdonaba un habano, un Fundador y una siesta; pero era un gran desvelado, porque leía y escribía con la luna.

Bebía Fundador porque su *bouquet* y su aroma eran como el del “típico coñac español”. Su departamento olía a España.

Llegó a México en 1931, y se casó en 36 con la tía Refugio, que le ponía en orden los apuntes de su cátedra en la UNAM; y sus artículos de *El Nacional*.

Cuando yo era niña, hizo que me aprendiera de memoria el romancero:

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán...

Para mí era sólo un tío español, agradable, simpático, cariñoso, al que le entendía poco cuando hablaba. Una tarde me fui a despedir de él: iba a vivir a Francia. Me dijo que las despedidas eran malas, que no le gustaban, porque eran de mal agüero.

Estando en París supe que murió una madrugada sobre su escritorio. En una carta de mi tía a mi abuela, me enteró de que fue de la Generación de 1914 y, antes, de

Joven España, de la que fue secretario. Que había estudiado filosofía y hablaba cinco idiomas. Que como miembro del Partido Reformista dirigió *El Noroeste* de Gijón, y fue compañero de Ortega y Gasset y de Unamuno. Cuenta mi padre que fue alumno de Henri Bergson en el Colegio de Francia.

Ahora también sé que estuvo al lado de don Indalecio Prieto, y que trabajó en el gabinete de la Prensa Española en México.

Lo recuerdo en su pequeño estudio atiborrado de libros, nublado por el humo de su puro, de chaleco, golpeando las teclas de su Remington o sentado en su sillón de piel roja, pidiéndome “el de doña Alda”.

Un día le recité a mi mamá no sé cuántos romances y se quedó sorprendida y dijo que yo iba a ser lectora de grande a pesar de mi incapacidad para leer.

El tío Rafael se ganó cuatro veces la lotería y repartió el dinero entre sus amigos del periódico y la cantina. La tía Refugio le reñía pero él opinaba que por eso, precisamente, por desprendido, se la sacaba.

La abuela, es decir, la madre de mi mamá, vivía contraesquina de los Sánchez de Ocaña. Cuando murió el tío, como era diminuto su departamento de renta congelada, lo cruzaron en una silla como si nada. Dicen que le amarraron el dorso al respaldo y le pusieron una bufanda azul y su sombrero con el ala frontal un poco caída, y allá lo velaron.

Cuando regresé de Francia, mi tía Refugio me regaló *El romancero*: había una cartita del tío dentro: “Para que me recuerdes”. **U**

